

Andrés Aberasturi

Poesía de la vida

187 reflexiones
sobre las grandes y pequeñas cosas

la esfera  de los libros

Manual de instrucciones

1. Asegúrese de que este objeto (en adelante «libro») es el que quería comprar y no otro.
2. Este libro carece de principio y de final, de forma que puede ser leído por la página que sea sin mayores problemas.
3. Como alternativa a un índice de lectura, que sería demasiado extenso y poco claro, se han buscado «itinerarios» en humilde homenaje a Julio Cortázar.
4. Las reflexiones que aquí se recogen son el fruto de una sección radiofónica en el programa *No es un día cualquiera* (RNE), destinadas a ser escuchadas más que leídas.
5. Abundan —por lo dicho en el punto 4— signos de puntuación que nunca han sido del agrado del autor, tales como los puntos suspensivos o los repetidos en exceso puntos y aparte. Se trata de claves para su lectura que, pese a todo, se han respetado a la hora de confeccionar el texto.

6. El lector se dará cuenta enseguida de algunas cosas sobre las que conviene advertir:
 - Se repiten con frecuencia varios temas tales como fechas (Navidades, cambios de estación o de horarios...), objetos (hoteles, contenedores, cajones...), frases o imágenes de las que se abusa y, naturalmente, sentimientos varios.
 - La coincidencia en las fechas es el fruto de las varias temporadas que lleva en antena la sección «Poesía de la vida».
 - La del resto (objetos, frases y sentimientos) solo son producto de las obsesiones del autor, que rozan en ocasiones lo neurótico.
7. Para un mejor resultado de la lectura de este libro, sería muy de agradecer que esta se hiciera en voz alta y naturalmente en soledad, ya que de otra forma se invadiría el espacio del entorno del lector.
8. El autor se siente en la obligación de reconocer que ha incluido en el libro algunas reflexiones que corresponden a programas de radio anteriores al citado en el punto 4, pero no cree que esto sea realmente importante.
9. Aparecen en el texto muchos entrecomillados y frases en cursiva que no son sino palabras de otros autores de mayor renombre o de tuiteros anónimos que han escrito cosas verdaderamente hermosas y que se toman prestadas.

10. En esta ocasión se ha prescindido del obligado prólogo porque el autor entiende que siempre es un favor que se pide a los amigos —generalmente de forma inoportuna— y, por lo tanto, nunca va a ser objetivo. Parece más útil ofrecer un manual de instrucciones.
11. Si al final de la lectura está usted satisfecho con la compra realizada, por favor recomiéndelo a otras personas.

ESCRIBIR

A veces, solo a veces, escribir es una forma rara y dulce de drenar silencios y llenar de puentes las distancias; las palabras entonces corren por el papel buscando atajos, se acurrucan en las esquinas de los folios para salir volando y saben a manzana como algunas manos y como algunos besos.

Escribes del amor y de otras soledades y es como si todo te fuera ajeno pero íntimo, como si contaras recuerdos de mujeres que nunca has conocido pero a las que has amado con la mansedumbre de las nubes y la fiereza de las bestias.

A veces escribes con las manos ateridas de ese frío tan raro que se siente en las salas de espera y otras veces los dedos que sostienen el bolígrafo sudan sangre y la sangre emborriona lo que escribes.

A veces escribir es gritar en silencio y maldecir aunque cuando maldigo no es para desear el mal a nadie, es que realmente las palabras me salan mal-dichas,

mal escritas porque la vida deforma lo que debería ser hermoso y no lo es.

A veces, solo a veces, escribir es intentar sobrevivir, una pasión inútil. Pero es lo que sé hacer. Escribo y escribo y es muy raro este oficio de decidor de cosas y lo mismo que Silvio a veces me sorprende: «Cómo gasto papeles recordándote»... Y, como él, te doy un folio escrito y hago un discurso sobre mi derecho a hablar.

Mira... En realidad lo que quería decirte esta mañana fría de este enero tan cierto es que a veces, solo a veces, escribir es una forma disimulada y hermosa de llorar, un intento baldío de romper, entre letras, esta oscura cadena de desgarros.

PALABRAS (1)

Necesito con urgencia palabras que repelan los colores, palabras como de agua que ni sepan a nada ni huelan ni se puedan teñir de azul o rojo. Quiero inventar palabras transparentes para poder usarlas y decir la verdad sin que esas palabras hieran o acaricien.

Quiero poder decir «adiós» sencillamente y que ninguna lágrima resbale sin querer por las mejillas.

Quiero poder decir «te quiero» para que sepas que simplemente te quiero, así, sin más, sin que el corazón se nos desborde demasiado y nos duela.

Pero sobre todo me gustaría poder decirte «no te vayas» o «vuelve» sin que esas simples palabras se conviertan en un chantaje involuntario, en una orden o en un ruego. Solo se trata de que seas consciente de que mi puerta está abierta lo mismo para salir sin ruido que para volver sin estrépito.

Las palabras, claro, no son nada: un acuerdo, una combinación de letras y cuando se pronuncian, un sonido.

Pero cuando llega el «adiós», la palabra se hace asfalto y el tono al pronunciarla tiñe las cinco letras del color de las lágrimas lo mismo que cuando se dice «te quiero» el verbo se hace rojo posesivo, egoísta y hasta es posible que hermoso.

Y si en un momento de debilidad te pido que no te vayas o que vuelvas, ni me escuches; que sepas que estoy jugando sucio, envolviendo esas palabras en papel de regalo, en oración con indulgencias, en plegaria inaceptable.

Por eso necesito palabras solas, sin matices, ni tonos, ni colores. Palabras como de agua, como esa arena que se escapa entre los dedos sin que la playa se entere, ay, de que es un milímetro más grande.

MUERTES

No hablamos casi nunca de la muerte, de la muerte-muerte con mayúscula, el final de la vida y punto.

Pero copiándome a mí mismo, anoche pensaba en el hombre, en el hombre así sin más, en el hombre que lucha y muere tantas veces sin que nadie diga una palabra sobre tantas muertes como la vida exige para ser vivida.

No es lo mismo, lo sé; pero cuántas cosas se nos van muriendo, cuántas muertes son necesarias a lo largo de la vida para que esa misma vida continúe.

Se nos muere el día cada día desangrado en violetas; se nos mueren de puro cansancio las olas incapaces de remontar un poquito más de playa; se nos mueren los árboles, de pie, es cierto, pero se nos mueren y si nos dejamos de lirismos, nada más terrible en este siglo XXI que se nos muera sin avisar el teléfono o que se nos vaya a negro el ordenador, negro de luto, negro definitivo.

Ya sé que todo esto tiene algo de metáfora, pero debe latir un fondo de verdad cuando sin banalizar, porque es así, nos referimos al final de la inocencia, a un amor que se nos muere entre la manos recién nacido o comido por los años, al marchitamiento de un jardín que un día fue luz y que poco a poco se va llenando de maleza.

Para vivir hay que morir y ver morir demasiadas veces y demasiadas cosas para que la vida continúe.

Morimos cuando dejamos de ser niños y volvemos a morir cuando dejamos de ser jóvenes. Vamos sembrando nuestra vida de pequeñas muertes cada vez que nos mudamos de casa, cada vez que hacemos limpieza en los armarios, cada vez que abandonamos los paisajes que siempre fueron nuestros. Tantas y tantas veces...

La otra muerte, la muerte con mayúscula de la que hablamos poco, es, al fin y al cabo, la única certeza que tenemos, una mueca absurda que pone el punto final a eso que, pese a todo, puede ser hermoso y que llamamos vida.

NÁUFRAGO

Acostumbrado más a la bendita noche, me cuesta este matutino desembarco de pequeñas intimidades al que han bautizado como «la poesía de la vida». Y así llego hasta tu isla siempre en son de paz, enarbolando la bandera blanca de los días sin fecha, ofreciéndote la tregua definitiva, dispuesto a firmar todos los armisticios sin condiciones.

Llego hasta tu isla cada mañana y nunca sé si estarás en la playa esperando con los brazos abiertos o te voy a encontrar en tu guarida cerrada a cal y canto.

No vengo a ofrecerte nada, por lo tanto no desconfíes. Tampoco vengo a pedirte nada porque nada tengo y a nada aspiro; solo quiero ser libre y no hay peor lastre que la riqueza; por lo tanto, no temas. Soy una voz que llega hasta tu isla y que, por no tener, no tiene ni preguntas ni respuestas. No soy un mercader que te cambie palabras por fidelidad, ni un predicador en busca de adeptos.

En todo caso un náufrago. Apenas soy un náufrago que arriba hasta tu playa para poder llevarte en mano los mensajes que antes —cuando entonces— te enviaba en botellas azules y noctámbulas. Los mensajes son papeles blancos en los que ni pido auxilio ni doy mis coordenadas para que al fin me encuentres. Quiero seguir así, me conformo con esto: navegar por el azul de los océanos en busca de islas a las que llegar en días como este.

Aquí estoy instalado en el paraíso de los inocentes, ese lugar y ese tiempo donde se citan todos los náufragos mientras los mirlos entonan efímeras baladas. Cuando llegue la noche cada cual tomará su camino y se irá. Sobre la playa solo quedan los restos de un millón de naufragios, un par de besos olvidados y cinco o seis caricias que no encontraron mejilla sobre la que posarse. Nada más. Nada menos.

PUEDO

No siempre, claro, pero la poesía, o lo que sea este minuto, es una vía abierta directa al corazón, y a estas edades uno anda ya —yo al menos— tirando del pobre corazón de un lado a otro para ponerlo a salvo del viento negro, del frío y las ausencias.

No quiero ponerme ni lírico ni dramático. Pero ¿qué hacer cuando no se quiere hablar de lo que realmente se quiere hablar? Puedo darle la razón a Joan Manuel, mirar al techo y pensar que no le iría nada mal una mano de pintura.

Puedo intentar ser por una vez la alegría de la huerta, pero en mi jardín el pruno está desnudo, los chopos ya no son mares verticales y las hojas caídas del otoño se refugian, como mi corazón, en las esquinas en busca de una paz tan siempre amenazada.

Puedo mirar hacia otro lado, disimular y, como escribía Alvite, descubrir que a veces la vida, con su mala letra, nos da buenas noticias.

Puedo cambiar el orden de las cosas y en lugar de pensar y pensar para escribir, dedicarme a escribir y a escribir justo para no pensar.

Puedo llenar mi agenda vacía con citas que me invente, imponerme obligaciones que no tengo, hasta puedo equivocarme adrede tan solo para poder maldecir y volver a empezar.

Cualquier cosa vale para no tener que hablar de lo que quiero hablar.

Ser tan solo una hoja que busca refugio del viento negro agazapada en un rincón y esperar a que escampe sereno y en silencio.

(He doblado la esquinita de esta historia, como se dobla la de una página que ni se quiere olvidar ni se debe volver a leer).